

En la laguna más profunda

ÓSCAR COLLAZOS

Las Tres Edades Ediciones Siruela

Nada sucedió de repente –dijo mi madre.

Primero tuvo olvidos muy tontos, como no saber dónde había dejado las gafas, no encontrar el par de zapatos que iba a ponerse en la noche, o elegir y ponerse un zapato negro y otro amarillo. Ella, que había sido tan elegante y *austera*, decían mis padres, se vestía con blusas de un color escandaloso, y ese color no combinaba con una falda discreta.

En fin, cosas de esas.

–Olvidos sin importancia –decía mi madre.

–Nada grave –añadía mi padre.

Se levantaba de buen humor, saludaba de beso a todo el mundo y decía que hacía un día *espléndido*. Usaba mucho esta palabra: *espléndido*. Todo lo bueno y agradable a su vista era *espléndido*.

Recordaba haberle oído esa palabra hacía mucho tiempo. Desde ese día se me grabó en la memoria. Estábamos en su casa de campo, como lo hacíamos casi todos los fines de semana. La noche anterior

le había prometido que la acompañaría a su paseo de cada mañana y ella me había pedido que fuera puntual.

–Te espero vestida y lista a las seis y media de la mañana –me dijo–. En el camino, desayunamos con frutas.

Así que a las seis y media de la mañana del día siguiente, allí estaba yo, lista para dar mi primer paseo con la abuela.

Caminamos entre los árboles, pisando las hojas todavía húmedas.

–Las moja el rocío de la madrugada –dijo.

Sostenía con la mano un palo rústico, a manera de bastón. Lo apoyaba en el suelo y removía las hojas del suelo, como si las seleccionara entre las que seguían intactas y las que se estaban pudriendo entre el lodo y los gusanos de tierra. Se detenía a cada momento. Removía las hojas como si buscara alguna sorpresa en el montón.

–¿No te da miedo que salte de las hojas una culebra? –le pregunté intrigada.

–¿Me quieres meter miedo?

Me dijo que el palo le servía para medir la consistencia del suelo y, cómo no, para saber si había pequeñas culebras escondidas entre las hojas secas y mojadas.

–¿Encontraste alguna vez una culebra?

–¿Una vez? –se preguntó–. ¡Muchas veces! Si uno las ve enroscadas en un árbol o deslizándose por el suelo, lo mejor es quedarse quieta y dejarlas pasar.

A veces una las ve cruzar el camino, como si huyeran de los humanos.

—¿Y con una serpiente?

—¿Una serpiente? —se quedó dudando—. Sí, pero en las selvas del Pacífico. ¡Era así de grande! —dijo extendiendo los brazos—. Pero nos dejó pasar de largo como si fuéramos una visita.

Yo no sabía ni me interesaba saber si la abuela había estado alguna vez en las selvas del Pacífico. La imaginaba abriéndose camino en medio de árboles gigantescos, atravesando en canoa pantanos *plagados* de fieras, espantando a los mosquitos y durmiendo en chozas de indígenas en las cabeceras de los ríos.

—Yo saldría corriendo —le respondí, haciendo un gesto de pánico.

—¡Cómo es de espléndida la naturaleza! —exclamó, agarrándome del brazo.

Me señaló las hojas húmedas y me dijo que al pudrirse encima de la tierra permitían que la naturaleza siguiera viviendo con lo que moría. En verdad, nada moría, añadió. Lo que parecía haber muerto servía para dar vida de nuevo. Removía la tierra y señalaba los gusanos que sobresalían entre yerbajos podridos. También los gusanos daban vida.

La abuela se detenía frente a los árboles y decía sus nombres en voz alta. Me llamó la atención la manera como pronunciaba esos nombres y el cariño que ponía al acariciar sus cortezas o deslizar la mano por las hojas. Era como si los árboles fueran sus más viejos amigos. Apartaba con cuidado las ra-

mas de los arbustos que crecían a ambos lados del camino.

–Este caucho debe de tener como cuarenta metros de altura –me dijo–. Lo llaman *Ficus tequendamae*.

Alzó la vista al cielo y me mostró con la punta de su palo las orquídeas que crecían en el tronco del caucho.

–¡Es la más espléndida de las flores! –exclamó–. Cuando encuentre una *Cattleya trianae* te la mostraré. Es la más perfecta de todas las orquídeas. Dan ganas de comerse sus hojas carnosas.

Todo fue espléndido durante ese paseo. Tan espléndido que no supe contar a mis padres cada cosa que había visto ni nada de lo que había sentido al acompañar a la abuela en su paseo diario. Lo seguimos haciendo cada vez que veníamos a visitarla. Ella y yo solas, porque mis primas no fueron nunca capaces de levantarse a las seis de la mañana. Les daba pereza madrugar.

–Mañana te muestro uno de mis secretos –me prometió al regreso del segundo paseo–. Pero deberá quedar entre las dos.

Al día siguiente, muy temprano, después del desayuno, le recordé su promesa.

Entonces me llevó al más espeso lugar del bosque, tan espeso que había que caminar por un sendero trazado a ambos lados por ramas que uno apartaba al avanzar. Al final del camino había un claro. Y entre dos grandes rocas, corría un riachuelo de aguas transparentes. El riachuelo volvía a perderse en las

siguientes rocas. Y así sucesivamente: aparecía, se escondía, reaparecía, corría debajo de nuevas piedras grises...

La abuela me iba conduciendo con cuidado, como lo hace alguien que conoce de memoria el terreno que pisa. Se sentó después en una de las piedras y señaló con el bastón hacia la espesura del bosque.

Había llovido en la madrugada, así que ponía mucho cuidado al pisar el sendero. Evitaba el agua encharcada y daba rodeos para no pisar el lodo acumulado en el camino. Pasamos por un humedal y escuchamos el canto de las ranas. Vimos hojas enormes flotando en la superficie de las aguas.

—Aquí me cito con él —dijo.

—¿Quién es él, abuela?

—¿Quién va a ser? —exclamó—. Tu abuelo. Mi difunto esposo. Este es el más tranquilo y espléndido lugar para una cita. Cada vez que vengo aquí, sé que él me espera. Me acomodo encima de un tronco, en la sombra, y siento que él llega por el sendero, siempre muy elegante: con traje de paño, chaleco, sombrero y un paraguas enganchado en el brazo. No sé por qué viene vestido así si sabe que estamos en el campo y no en la ciudad. Un día me dijo que al verme sentada en esta roca, le pareció ver a una reina sentada en un trono de piedra.

—¿No le preguntaste por qué venía vestido así?

—Sí —me respondió—. Me dijo que ese era su traje de fiesta.

La abuela no lo dijo, pero me la imaginé bailan-

do a la orilla del riachuelo, rodeada de altos árboles y arrullada por el canto de los pájaros, con el abuelo vestido de gala, bailando una y otra vez el vals que habían bailado al casarse. Entre una pieza y otra, se escuchaba el lejano croar de las ranas. Al imaginar la escena, la abuela no iba vestida con pantalones de dril y camisa rústica a cuadros, sombrero de paja raído y botas montañeras. Me la imaginaba de vestido largo blanco, montada en zapatos de tacón alto, con un collar de perlas en la garganta y el cabello recogido en un moño precioso, con su peine de gitana. Todo era hermoso en el atuendo que la abuela llevaba para bailar con el abuelo a la orilla del río.

Yo tenía entonces nueve años. Lo recuerdo porque en ese cumpleaños la abuela me regaló un vestido de terciopelo morado con encaje blanco en el cuello y las mangas. Es uno de los vestidos que más quiero porque me lo ponía siempre que me invitaban a fiestas, hasta que empezó a quedarme pequeño. Más tarde, mamá quería regalárselo a una de mis primas. Yo me opuse. ¿Por qué? No estaba segura de que mi prima cuidara ese vestido como lo cuidaba yo.

Después de ese primer paseo, ya de regreso en casa, la abuela se puso a calentar agua y preparó la infusión de hierbabuena y poleo que tanto le gustaba. Mis padres, la tía Esmeralda, su marido Arturo y mis primos ya se habían levantado y esperaban el desayuno sentados a la mesa. Hermenegilda serviría

arepas, huevos fritos o revueltos, queso fresco de la región, chocolate o café.

Antes de sentarnos a la mesa, la abuela me dijo que el paseo de esa mañana había sido el más espléndido que ella recordaba en mucho tiempo. Llevaba casi treinta años haciéndolo a diario. Había visto nacer y crecer arbustos, pero lo que mejor guardaba en su memoria era la altura de algunos árboles, el grosor de sus troncos, la extensión de sus ramas y el color de sus hojas.

–Algunos son más viejos que yo –dijo riéndose–. Pero también soy más vieja que otros. Este, por ejemplo, tiene apenas diez o doce años.

–Como yo –añadí.

–Como tú –aceptó.

–¿Sabes quién lo sembró?

–No, no sé quién lo sembró –dijo–. Pienso que lo sembraron el mismo día en que naciste tú.

Caminamos un rato en silencio.

–Fuiste testigo de mi cita de amor y ese será nuestro secreto –me dijo acercándose y hablando en susurros–. No se lo cuentes a nadie.

–No te preocupes, abuela, te guardaré el secreto.

Aquel recodo en un claro del bosque empezó a ser para mí el lugar donde siempre ocurriría una cita de amor. Marqué en mi memoria el lugar: a pocos metros del *Ficus tequendamae*. Un día, yo también me sentaría a la sombra de un árbol y esperaría la llegada del hombre que me amaba. Le rogaría, eso sí, que no viniera vestido de traje, chaleco, corbata,



sombrero y paraguas. Si venía vestido de gala, yo también debía hacerlo y me parecía muy aburrido tener que vestirme de gala para una cita de amor.